

BÉCQUER LEYENDAS





GUSTAVO ADOLFO
BÉCQUER

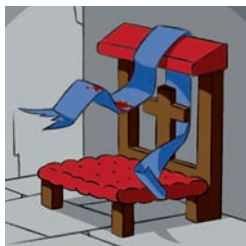
LEYENDAS
RELATOS DE MAGIA,
DE MISTERIO Y DE AMOR

ADAPTACIÓN DE
JUAN COSA MOLINA

ILUSTRADO POR
JUAN BAUTY



DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
FRANCISCO ALEJO



© Editorial Castalia, S.A., 2010
Zurbano, 39. 28010 Madrid
Tel. 91 3195857 / Fax 91 3102442

© de la adaptación: Juan Cosa Molina, 2010

© de las ilustraciones: Juan Bauty, 2010

ISBN 978-84-9740-349-8
Depósito Legal M-34528-2010

<http://www.castalia.es>

Diseño gráfico: RQ

Impreso en Brosmac
Impreso en España

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprógraficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Í N D I C E

EL MONTE DE LAS ÁNIMAS	
(1861) Leyenda de Soria	7
LOS OJOS VERDES	
(1861) Leyenda de Soria	17
MAESE PÉREZ, EL ORGANISTA	
(1861) Leyenda de Sevilla	27
EL RAYO DE LUNA	
(1862) Leyenda de Soria	39
EL MISERERE	
(1862) Leyenda de Navarra	49
CREED EN DIOS	
(1862) Leyenda de Cataluña	59
EL BESO	
(1863) Leyenda de Toledo	71
LAS BRUJAS DE TRASMOZ	
(1864) Leyenda de Aragón	85
GUÍA DE LECTURA	105



EL MONTE DE LAS ÁNIMAS



7

I



—Atad los perros, tocad las trompas¹ para que se reúnan los cazadores, y volvamos a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—Si fuera otro día, no se escaparía ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios², y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

1 **trompa:** instrumento musical de viento. Originariamente, su uso estuvo limitado a la caza, como aquí.

2 **templarios:** monjes pertenecientes a la orden militar religiosa del Temple, cuyo primer lugar de asiento fue el templo de Salomón; tenían como misión principal proteger a los peregrinos.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas pertenecía a los Templarios, y también el convento de allí, en la margen del río. Los



Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, y con ello hicieron un notable agravio a sus nobles de Castilla, ya que habrían sabido defenderla solos como solos la habían conquistado.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los «clérigos con espuelas», como llamaban a sus enemigos.

Se propagó la voz del reto, y nada fue capaz de detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbar. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; pero sí la recordaron tantas madres que arrastraron luto por sus hijos.

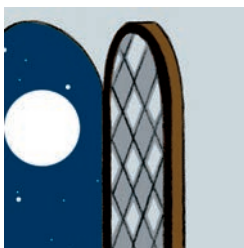
Aquello no fue una cacería, fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres; los lobos a quienes se quería exterminar tuvieron un sangriento festín.

Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y donde habían sido enterrados juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las almas de los muertos, envueltas en jirones de sudarios, corren como en una cacería fantástica por las breñas y los zarzales.

La narración de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

II



Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que conversaban familiarmente alrededor de la lumbre. El viento azotaba las vidrieras del salón.

Sólo dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas³ referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos tenebrosos en que los espectros y los aparecidos representaban el papel principal; y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima —exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban—; pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia. Todo su carácter se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

Se apresuró a añadir el joven:

—De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que te llevases un recuerdo mío... ¿Te acuerdas de cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? La joya que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermosa estaría sujetando

3 **dueñas**: antiguamente, señoras, casi siempre viudas, que ejercían de damas de compañía y que servían en casas principales.